

CUADERNOS DEL CLAEH n.º 90  
Montevideo, 2.ª serie, año 28, 2005-1  
ISSN 0797-6062 Pp. 129-133

## CULTURA Y RELACIONES INTERNACIONALES

Bruno Podestá

Montevideo, Taurus - Universidad Católica del Uruguay, 2004, 175 pp.

Es curioso que la caracterización más ajustada para este libro sea «literatura de divulgación», cuando su tema central es la cultura. Concepto esquivo, con tantos destructores como partidarios, el «fenómeno cultural» estuvo siempre vigente entre las preocupaciones de la humanidad a lo largo de los últimos dos siglos. ¿Cómo es posible entonces hablar de divulgación aquí? La respuesta es que siendo un libro que tematiza la cultura, la divulgación refiere al creciente desarrollo de un ámbito específico de las relaciones internacionales: la diplomacia cultural.

Proveniente de una disciplina árida como la política exterior, *Cultura y relaciones internacionales* proporciona una introducción amena a los tratamientos recientes de la política internacional en relación al fenómeno cultural, desde una perspectiva ubicada a medio camino entre la reflexión académica y la reflexión política. Este interesante ejercicio refleja en buena medida la singular trayectoria vital de su autor. Bruno Podestá, quien hoy se desempeña como agregado cultural de la Embajada de Perú en Uruguay, es también (además de narrador) un posgraduado de prestigiosas instituciones universitarias como North Carolina (Chapel Hill), Texas (Austin), y Florencia (Italia). El texto es tributario de esta peculiar combinación de político, escritor y universitario, y ofrece un tratamiento inusualmente

original sobre un tema tan trillado como la cultura, desde una disciplina que suele mostrarse al lego como una hermética discusión para pocas personas.

### El papel de la cultura en la política exterior

El libro tiene ocho capítulos, que pueden agruparse en tres grandes bloques temáticos. En el primero se reseñan los diferentes tratamientos académicos del concepto de cultura *vis-à-vis* su resignificación en foros de carácter multilateral. Se destacan aquí las diferentes acepciones antropológicas del concepto, los riesgos de asumir una posición «economicista a ultranza» —donde o bien la concepción del desarrollo prescinde de la cultura, o su valor se iguala a su rentabilidad—; y la creciente utilidad del concepto «marca país», propio del *marketing*, para la definición de la política cultural exterior.

El segundo bloque del libro repasa el tránsito de la definición de diplomacia, «desde un entendimiento más circunscrito a lo político, jurídico y protocolar, hacia una concepción más abierta que incluyendo todo lo anterior es al mismo tiempo abarcadora de otros campos». Como resultado de esta expansión es que Willy Brandt, en la década de los sesenta, «otorgó partida de nacimiento al término *diplomacia cultural*, definiendo las relaciones

culturales como el tercer pilar de la política exterior junto con la política y el comercio» (p. 54). A partir de entonces se abre una serie de discusiones sobre las relaciones entre cultura y poder, el papel que los actores culturales deberían desempeñar en el proceso de formulación e implementación de políticas, y las dificultades acarreadas por la diada global-local para el desarrollo cultural de los países.

El último bloque presenta varios ejemplos concretos de la práctica de la diplomacia cultural a lo largo de la segunda mitad del siglo veinte. Dos capítulos son especialmente interesantes: uno enteramente dedicado a la denominada «diplomacia pública» de Estados Unidos y el papel de la United States Information Agency (USIA); y otro sobre el rol de la cultura en los procesos de integración regional en Europa y América Latina.

El libro se cierra con una discusión sobre las perspectivas de las relaciones bilaterales entre Uruguay y Perú (que no es de los puntos más fuertes del texto); y ofrece además un útil apéndice legislativo con una selección de fragmentos de la Declaración Universal sobre Diversidad Cultural de UNESCO; la Declaración de Quirama del Consejo Presidencial Andino; la decisión 460 de la Comunidad Andina, y el Plan de Política Cultural del Perú en el exterior.

Considerado en su totalidad, el texto de Podestá constituye un logro alegato a favor de la revalorización de la cultura como base para un mejor entendimiento entre los países. A continuación me concentraré en uno de los aspectos más llamativos del libro, su excesivo optimismo respecto al desarrollo de la diplomacia cultural en América Latina. Cabe adelantar que, si bien a la luz de algunos estudios recientes sobre la producción cul-

tural mi perspectiva sobre la proximidad de una política cultural regional es pesimista, espero que estas reflexiones ayuden al lector a comprender la complejidad implicada en el diseño de un esquema de cooperación propiamente latinoamericano basado en la cultura.

### **¿Es posible el desarrollo de la diplomacia cultural en América Latina?**

*Cultura y relaciones internacionales* es un texto por momentos excesivamente optimista. Su autor se concentra en los posibles beneficios y en las alternativas y obstáculos para el desarrollo de una política exterior centrada en la cultura, y omite un balance crítico de los riesgos que estas políticas pueden traer consigo en un esquema de relacionamiento multilateral. Y esta discusión es verdaderamente importante para una América Latina que pretenda enfrentar el problema cultural en un mundo globalizado y ciertamente asimétrico.

Como se desprende de la lectura del texto de Podestá, el papel de la diplomacia cultural es diferente, según el país o la región que se mire. Si bien en el plano formal las relaciones diplomáticas pueden plantearse como una vinculación igualitaria y recíproca, muchas veces se constata lo opuesto. Sin suscribir las tesis de corte «imperialista» o «conspirativa», hay que reconocer que para algunos países poderosos, la diplomacia cultural reviste un uso estratégico, donde las intenciones de mejor entendimiento y cooperación recíproca presentan un carácter subordinado respecto de intereses económicos o geopolíticos.

La bibliografía consultada y los créditos del autor indican que es consciente de la posible manipulación de la diplomacia

cultural para fines espurios. Sin embargo, el texto no refleja estas preocupaciones. A modo de ejemplo, consideremos el capítulo dedicado a la diplomacia estadounidense. Este es un caso «de manual» donde el desarrollo de la diplomacia cultural y la creación de la USIA en 1953 estuvieron ligados a la implementación de propaganda *benigna* con el fin de contrarrestar los efectos de la propaganda nazi. En su discusión sobre el caso, Podestá cita varios fragmentos de un artículo publicado por la diplomática Helena K. Finn, en el *journal* estadounidense *Foreign Affairs*. Luego de hacer referencia a las propuestas de Finn respecto al camino que debería seguir Estados Unidos para mejorar su imagen en el exterior y la valoración de la autora sobre el involucramiento de la CIA en la diplomacia cultural estadounidense, se cita el siguiente fragmento:

«Los hacedores de políticas entendieron» en esos tiempos [sostiene Finn] «el vínculo existente entre el hecho de involucrarse con públicos extranjeros y el hecho de vencer a los enemigos ideológicos, y consideraron a la diplomacia cultural vital para la seguridad nacional de Estados Unidos» (p. 93).

Llama la atención que Podestá no repare en que el propósito del artículo de Finn es revalorizar el potencial que un instrumento como la política cultural exterior estadounidense puede jugar en la conquista de Irak. Como si la referencia al papel desempeñado por la CIA y la idea de «vencer a potenciales enemigos ideológicos» —asunto importante para la seguridad nacional de Estados Unidos— no fueran suficientes para despertar alguna sospecha sobre el papel que esta autora prevé para la diplomacia cultural. La conclusión del artículo de Finn es la siguiente:

La diplomacia cultural es una de las armas más potentes en el arsenal de Estados Unidos, aun cuando su importancia ha sido consistentemente subvalorada a favor de despliegues dramáticos de poderío militar. Nunca debería ser una opción extra, algo agradable de hacer si hay tiempo pero difícilmente una prioridad nacional. Como sus predecesores durante los comienzos de la guerra fría, la administración Bush debe darse cuenta que en la apuesta a su auto proclamada guerra contra el extremismo, ganar la voluntad de alianza de los extranjeros al proyecto americano será el mayor premio de todos.<sup>1</sup>

Es difícil pasar por alto un pasaje como el anterior y, sin embargo, el autor prefirió hacerlo. Y esto es curioso, dadas las múltiples alertas que realiza Podestá sobre el hecho de que muchas veces la relación entre cultura y política exterior tiende a asumir un carácter instrumental. Sea como mecanismo de fortalecimiento de la cooperación, como reactivador del comercio o como propaganda ideológica, el uso de la cultura en el marco de las relaciones diplomáticas implica la mayoría de las veces la consecución de algún fin que no tiene que ver con la cultura, más allá de que puedan derivarse para ella beneficios indirectos. Si se considera que cometido del libro es divulgar los desarrollos recientes de la diplomacia cultural, hubiera sido deseable incluir una breve reseña de las controversias asociadas al tema.

Otra muestra del optimismo del autor aparece en su consideración sobre las perspectivas de implementación de la

1 Helena K. Finn: «The case for cultural diplomacy: engaging foreign audiences», en *Foreign Affairs*, vol. 82, n° 6, Nueva York / Washington, Council on Foreign Relations, noviembre/diciembre de 2003, pp. 15-20.

diplomacia cultural en la región. Según Podestá es claro que «algunos países tienen más capacidad que otros para la recepción y el consumo de aquello que proviene del campo cultural, propio o ajeno, debido al nivel cultural con el que cuentan, a tendencias tradicionales, a la capacidad económica y otras razones». En relación con la situación de los países latinoamericanos, los clasifica en dos grupos: «los países que tienen mucho para ofrecer y [...] los que cuentan con una capacidad de demanda mayor». Según el texto, «en América Latina, países como México o Perú, por ejemplo, cuentan con patrimonio cultural privilegiado, mientras que otras naciones cuyo capital cultural consiste en una acumulación más reciente, sobre todo de corte educativo [...], son receptores excepcionales para lo que puedan ofrecer países como los primeros». Estas características serían «complementarias, lo que tiene consecuencias para el diseño de una política cultural exterior y las modalidades y perfiles que ella asuma» (p. 63).

La distinción entre países con mayor demanda derivada de su capacidad de recepción y los de mayor oferta cultural asociada a la posesión de un patrimonio cultural privilegiado, puede esquematizarse del siguiente modo: i. cuando el capital cultural es antiguo, de corte originario, los países tienen un perfil potencial como oferentes; ii. cuando este capital es reciente, de corte educativo, los países presentan singular capacidad receptora. Considerando el perfil de los países oferentes según la concepción de Podestá, la realidad muestra que estos países serían una franca minoría. Como ha señalado el sociólogo García Canclini,

[...] las culturas indígenas son importantes como originarias de este continente,

pero la población que las representa abarca unos 40 millones de personas, aproximadamente el diez por ciento de los habitantes de América Latina, 30 millones de los cuales se concentran en cuatro países (México, Perú, Guatemala y Bolivia).<sup>2</sup>

Es comprensible que el origen y el legado cultural del que el autor es portador tenga un papel importante en sus reflexiones. De todas formas, resulta excesivamente restrictivo afirmar que a lo sumo cuatro países de la región están capacitados para desempeñar el papel de oferentes culturales. Aun adicionando a este conjunto de oferentes potenciales aquellos países que poseen una industria cultural considerable, García Canclini explica que solamente dos países, «[...] Brasil y México, están «incorporados a la economía global de los bienes culturales» por sus inversiones en otros países de la región, en Estados Unidos y Europa, y su capacidad de exportar, especialmente programas de televisión». Según el sociólogo podrían considerarse además «unos pocos países «incipientemente exportadores» —Argentina, Colombia, Chile, Venezuela y Perú—, y luego la mayoría netamente importadora, que depende sobre todo de Estados Unidos».

Si sumamos el conjunto de países que presentan un capital cultural originario y los que presentan una industria cultural consolidada o en vías de hacerlo, llegamos a nueve países, una cifra más razonable de oferentes. Sin embargo, tal como concluye García Canclini, a la hora de concebir un proyecto de difusión cultural en el plano internacional, «[...] las

2 Néstor García Canclini y Carlos Juan Moneta (coords.): *Las industrias culturales en la integración latinoamericana*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 43.

diferencias decisivas en una perspectiva estratégica no son de estilos identitarios, sino de infraestructura fuerte, mediana o débil para la producción endógena». <sup>3</sup>

Bruno Podestá es consciente de la importancia que revisten los aspectos comerciales a la hora de valorar el papel de la cultura. Luego de exponer las cifras sobre la participación del sector cultural en el PBI español y colombiano (4,5% en 1997 y 2,06% en 2001, respectivamente), Podestá afirma que «una valoración económica y laboral de las actividades culturales [...] pone de manifiesto [...] la importancia que ellas tienen en términos de generación de riqueza y empleo». A continuación concluye que:

[...] una adecuada proyección internacional de la cultura nacional [...], reditúa no sólo a favor de la presencia e imagen del país, y del diálogo y mejor entendimiento con otras sociedades, sino de diversos sectores de la economía, pudiendo adicionalmente promover un perfil de calidad, confiabilidad y prestigio que puede favorecer significativamente otras áreas de la actividad productiva (p. 40).

En materia de cultura, estudios recientes sobre América Latina muestran que cada vez se consume más y se produce y exporta menos. De acuerdo con Rafael Rocagliolo, entre 1970 y 1990 y con excepción del cine, todos los indicadores de consumo cultural han crecido. <sup>4</sup> Por su parte, Getino ha mostrado que entre 1948

y 1986, las exportaciones de bienes culturales latinoamericanos han descendido desde 11% hasta 4,2%. <sup>5</sup> En otro estudio referido a las décadas de 1980 y 1990, el mismo autor analiza el progresivo descenso en todos los indicadores sobre producción cultural (publicación de diarios, revistas y libros, el cierre de salas cinematográficas y teatrales, etcétera). <sup>6</sup>

¿Existe algún fundamento racional para la esperanza en el desarrollo de una diplomacia cultural regional, tarea que sólo muestra sus frutos en el largo plazo? En una región que por la vía de los hechos ha venido delegando progresivamente la producción de contenidos a los países del norte, cuesta creer que existan incentivos para revertir la tendencia. Desde esta perspectiva, el libro de Podestá puede ser leído como un poderoso llamado a la atención sobre el hecho de que es posible un mundo mejor, del que nos alejamos día a día, por perder de vista aquello que nos hace ser quienes somos.

Carlos Aloisio

3 *Ibíd.*, p. 49.

4 Rafael Roncagliolo: «La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes», en Néstor García Canelini (coord.): *Culturas en globalización. América Latina-Europa-Estados Unidos: libre comercio e integración*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.

5 Octavio Getino: «Las industrias culturales y el Mercosur», en Gregorio Recondo (comp.): *Mercosur. La dimensión cultural de la integración*, Buenos Aires, Ciccus, 1997.

6 Octavio Getino: *Las industrias culturales en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1995.